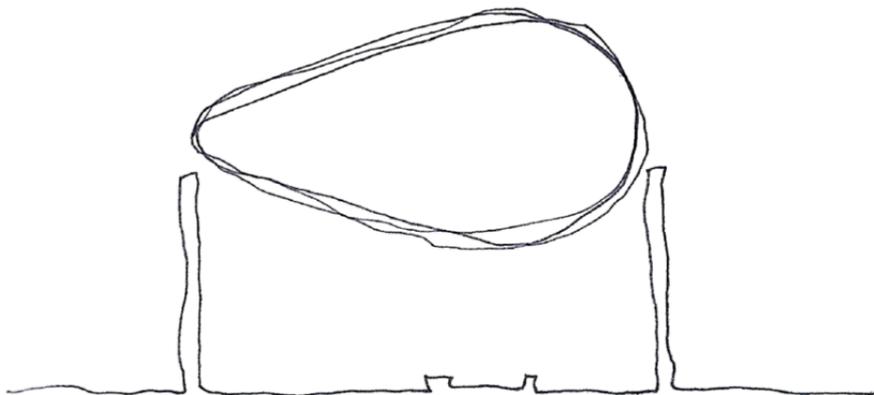


Me adentré en la capilla, sus muros grises eran de bloque y descubrí una curva. Su entrada era retorcida, se accedía desde un sendero oscuro, confuso, que hacía que adentrarse se convirtiese en una sensación extraña, una magia de recuerdo imaginado. La luz entraba y bañaba los muros por unas rendijas que continuas, los dividían del techo, que pesado caía en forma de cuenco irregular hacia el centro. Juro que se movía levemente, oscilaba sin llegar a tocar los muros en ningún momento. Intenté mirar por las rendijas, pero no se veía bien, solo luz, los muros y el techo parecían continuar, y se escuchaba el viento.

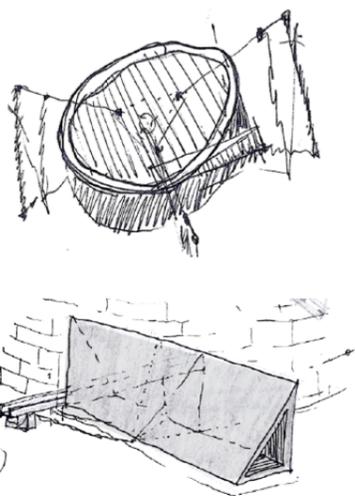
Caminé entre las sillas de madera vieja y húmeda, pero con la gracia de aquello que permanece bien conservado con el tiempo, su disposición era lineal y ordenada, pero habían sido desplazadas, tenía la sensación de que había llegado tarde. Me deslicé entre los huecos que habían dejado entre ellas los pequeños movimientos y atravesé la capilla acariciando la madera fría. El suelo era de hormigón pulido, engrietado por el proceso de fraguado, de aspecto sobrio, pero con la solemnidad que otorgan las cosas sencillas y puras.

Fue en el medio de aquella capilla donde recordé aquella historia sobre el pueblo Dogón, donde los sabios se reúnen en torno a una construcción precaria elevada sobre unas rocas llamada "Toguna" o Casa de la Palabra, realizada con ocho capas de distintos materiales que representan a las ocho divinidades del pueblo. La acumulación de capas provocaba en aquella construcción una llamativa flecha que se mantenía en equilibrio. En torno a esta construcción los sabios discutían y redactaban las leyes de forma oral, convirtiéndose en el precedente de una nueva sociedad. El techo de la capilla, su pesadez, me hacían recordar la imagen de aquella construcción.

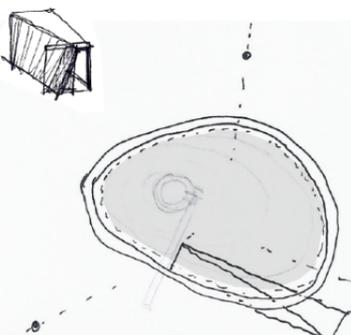
Atravesé el recinto repasando sus muros y en ellos descubrí un pequeño grabado, quizás inventado o imaginado por un niño, que me hacía comprender la pesadez de toda aquella construcción. Aquel grabado, a modo de los graffitis fotografiados por Brassai, revelaba la verdad de la capilla. Yo nunca había creído en nada, pero saber que aquella gran roca suspendida, como la gran piedra movediza de Tandil, levitaba sobre mi conciencia, me hacía dudar de mi propia existencia. El grabado era una sección de aquel lugar, quizá fuese real, o quizás un invento, pero ahora entendía la oscilación, la pesadez, la tensión del ambiente; aquella sección describía el mecanismo que hacía que aquella enorme roca estuviese suspendida sobre mi cabeza.



Grabado encontrado en el muro



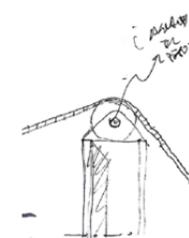
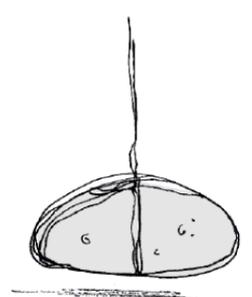
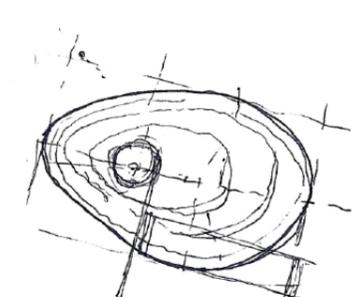
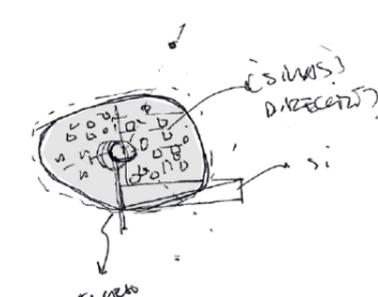
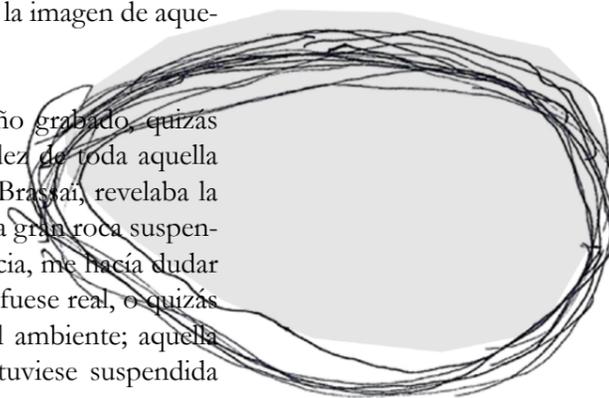
"Su entrada era retorcida, se accedía desde un sendero oscuro, confuso, que hacía que adentrarse se convirtiese en una sensación extraña, una magia de recuerdo imaginado"



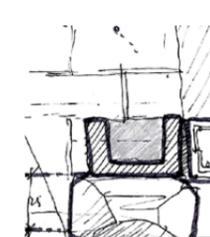
Quizás aquel dibujo, no era más que aquel huevo dibujado por los Dogón que ilustraban la portada del libro de Deleuze que contenía aquella obsesión sobre el cuerpo sin órganos. Ese cuerpo al que se refería Deleuze, era el huevo dibujado. El huevo es un lugar lleno de potencialidades donde todavía no hay forma estable, donde todo son tensiones, fuerzas, energías y multiplicidades. Al volver la vista lo comprendí: las sillas no apuntaban a ningún lugar, si acaso tenían una dirección impuesta por una innecesaria necesidad de orden; no había llegado tarde, ni habían sido desplazadas por ningún grupo, sino por la llegada y salida puntual, por la superposición de los distintos movimientos en el tiempo, yo mismo había sido partícipe de ese orden desordenado moviendo sillas a mi paso.

Y el continuo goteo que resbalaba por la gran roca oscilante, caía en un pequeño estanque, dispuesto en el baricentro de la estancia irregular, descomponiendo los segundos y el tiempo en una composición irregular de tacs: tac, tac, tac, tac...

Me desperté del sueño desorientado, con recuerdos lejanos compactados, entre-leyéndolos-entre-lagunas. Me puse a escribir y a dibujar para evitar su conquista por el olvido. Deseo volver a ese remanso de paz, algunas noches me duermo pensando en la capilla de mi sueño, pero sólo me acerco con el recuerdo. Lo único que me quedan son dibujos erráticos y textos apócrifos. Parecerá una estupidez, pero si en algún momento existió algo puro, tuvo que ser una gran roca como esa, labrada por el paso del tiempo, oscilante, una capilla leve.



Aquella sección era imposible, tenía que existir algún tipo de mecanismo que posibilitase todo ello



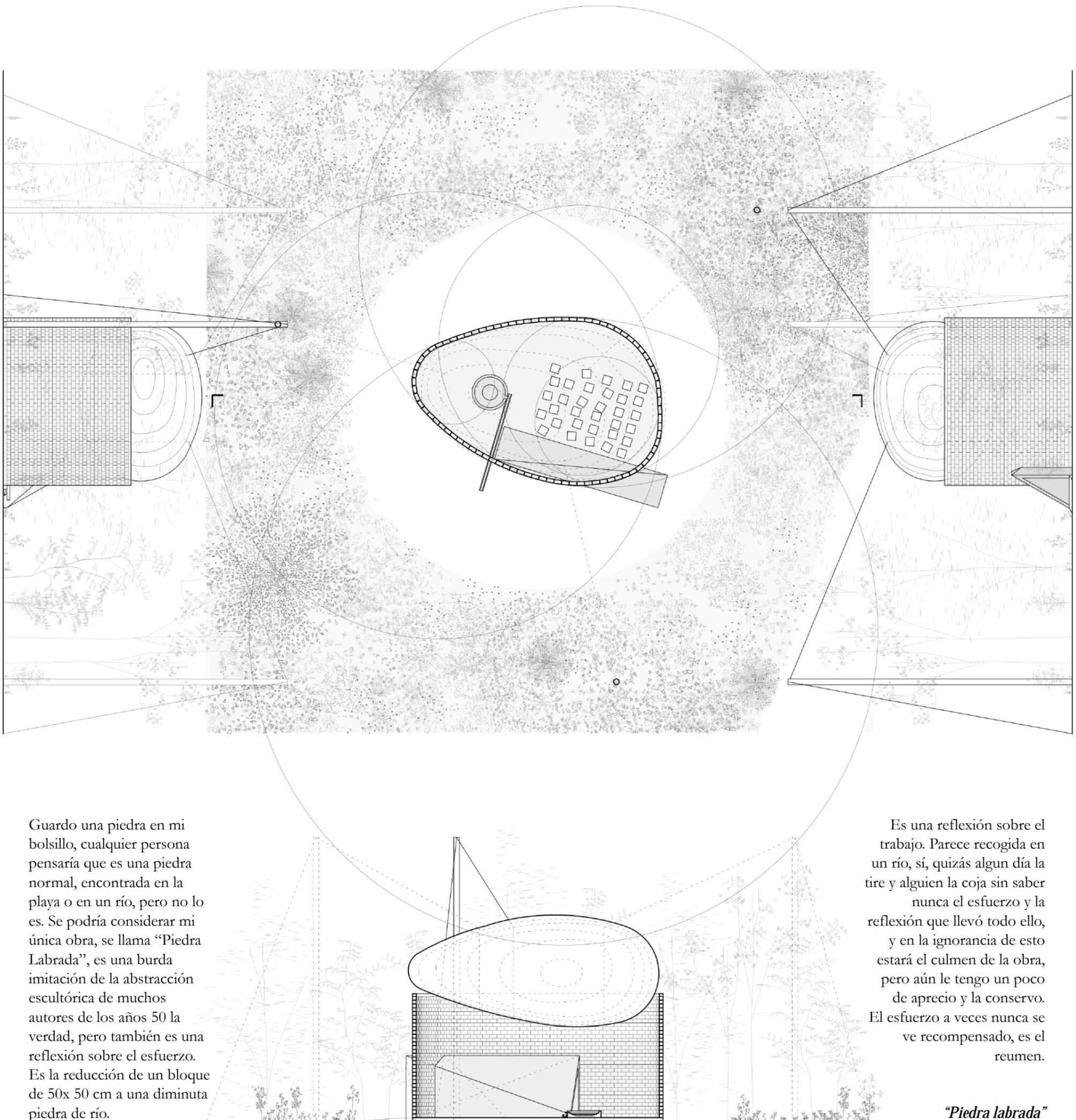
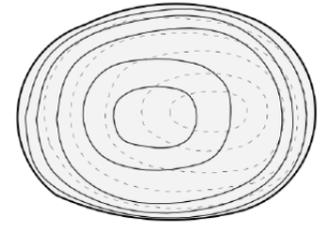
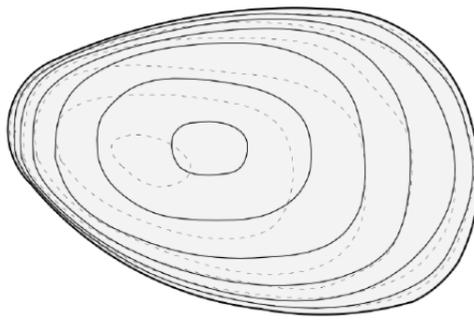
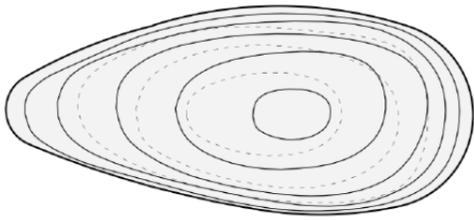
El goteo continuaba por un pequeño canal donde caía el agua que desbordaba y huía fuera de la estancia.



La capilla leve

“Todas las cosas pesan hacia arriba”

Jorge Oteiza



Guardo una piedra en mi bolsillo, cualquier persona pensaría que es una piedra normal, encontrada en la playa o en un río, pero no lo es. Se podría considerar mi única obra, se llama “Piedra Labrada”, es una burda imitación de la abstracción escultórica de muchos autores de los años 50 la verdad, pero también es una reflexión sobre el esfuerzo. Es la reducción de un bloque de 50x 50 cm a una diminuta piedra de río.

Es una reflexión sobre el trabajo. Parece recogida en un río, sí, quizás algún día la tire y alguien la coja sin saber nunca el esfuerzo y la reflexión que llevó todo ello, y en la ignorancia de esto estará el culmen de la obra, pero aún le tengo un poco de aprecio y la conservo. El esfuerzo a veces nunca se ve recompensado, es el reumen.

“Piedra labrada”



La capilla leve

Axonometría

“El grabado era una sección de aquel lugar, quizá fuese real, o quizás un invento, pero ahora entendía la oscilación, la pesadez, la tensión del ambiente; aquella sección describía el mecanismo que hacía que aquella enorme roca estuviese suspendida sobre mi cabeza”.

“Juro que se movía levemente, oscilaba sin llegar a tocar los muros en ningún momento. Intenté mirar por las rendijas, pero no se veía bien, solo luz, los muros y el techo parecían continuar, y se escuchaba el viento”.

“Me adentré en la capilla, sus muros grises eran de bloque y descubrían una curva (...) La luz entraba y bañaba los muros por unas rendijas que continuas, los dividían del techo, que pesado caía en forma de cuenco irregular hacia el centro”.

“Su entrada era retorcida, se accedía desde un sendero oscuro, confuso, que hacía que adentrarse se convirtiese en una sensación extraña, una magia de recuerdo imaginado”.

“El continuo goteo que resbalaba por la gran roca oscilante, caía en un pequeño estanque (...) descomponiendo los segundos y el tiempo en una composición irregular de tacs: tac, tac, tac, tac...”

“Como al principio, no había más que un desierto de piedras inmortales”

Roger Callois

“La piedra es el estado último de la forma”

Henri Focillon

“El vacío, la tensión entre superficies, el roce inexistente, la cercanía, el devenir, los sueños y las posibilidades”

Jorge Oteiza

“Yo nunca había creído en nada, pero saber que aquella gran roca suspendida, como la gran piedra movediza de Tandil, permanecía sobre mi conciencia, me hacía dudar de mi propia existencia”.

La piedra movediza de Tandil, una roca de 300 toneladas situada en la ciudad bonarense, permanecía en equilibrio al borde de un cerro. El día 29 de febrero de 1932 entre las cinco y las seis de la mañana se produjo su derrumbamiento.

Volver a un lugar donde nunca se ha estado. Aún guardo la piedra en mi bolsillo, algún día la tiraré.